

## RESEÑAS DE LIBROS

### A PROPÓSITO DE UNA ANTOLOGIA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO ÁRABE DE LA ACTUALIDAD

ANOUAR ABDEL-MALEK, *La pensée politique arabe contemporaine*, Editions du Seuil, Paris, 1970.

Preocupado intensamente por su país, Egipto, el profesor Abdel-Malek nos ha proporcionado dos estudios luminosos del proceso de resurgimiento y reelaboración de la especialidad nacional egipcia: *Egypte, société militaire e Idéologie et renaissance nationale* en que se aclaran zonas oscuras o mal explicadas de la historia moderna del estado más antiguo del mundo. A ello hay que agregar otra dimensión de su compromiso con esta empresa de rescate, su participación activa dentro del movimiento de liberación de su pueblo. En este aspecto, es uno de los luchadores de mayor solvencia moral dentro de la intelectualidad progresista egipcia. Sin embargo, hay en su obra una voluntad clara de situar el devenir de esta sociedad específica dentro de un contexto mucho más amplio, el de los "Tres Continentes Olvidados", y es por ello que sus esfuerzos representan un aporte de validez considerablemente más extensa. Esto es cierto sobre todo en lo que se refiere al mundo árabe, cuya reflexión de alcance político en los últimos años constituye el objeto de la recopilación que nos ocupa, y que ofrece más de una cincuenta de textos fundamentales del pensamiento árabe contemporáneo, seleccionados conforme a los criterios de representatividad, repercusión social y originalidad. Se halla precedida por un perspicaz y profundo ensayo de interpretación y sintetización del pensamiento árabe actual, que obedece al título de *Introduction à la pensée arabe contemporaine*.

La obra constituye, en cierto sentido, la refundición de otra que realizara hace algún tiempo, el segundo volumen (*Les essais*), de la *Anthologie de la littérature arabe contemporaine* (1965), cuya segunda edición —que desgraciadamente no hemos podido consultar— apareció en el mismo año que el libro que comentamos. El plan de éste ha variado un tanto, echándose de ver algunas diferencias formales, como el principio de clasificación de las obras, más jerarquizado en la *Anthologie*, en consonancia con la diversidad considerable de los ensayos, distribuidos cronológicamente conforme a las dos etapas del movimiento nacional y, dentro de éste,

según la dicotomía fundamentalismo-islámico-modernismo liberal, articulada a su vez en tres apartados, correspondientes al pensamiento político y social, religión y filosofía, y estética y cultura. Sin embargo, vale la pena observar que los primeros encabezados estructurados poseen un sello innegablemente político —en el sentido amplio del término— que coincide, por otra parte, con una producción cultural que, quizá en mayor grado que en otras sociedades, se ha visto tradicionalmente teñida por concepciones totalizadoras del universo natural y humano, prime o no alternativamente el elemento religioso, político o científico. En *La pensée politique*, en cambio, estas divisiones no se manifiestan formalmente más que en la introducción, cediendo el paso a una división por temas: "Historia y presente", "El Islam político", "La lucha de liberación nacional", "La reconquista de la identidad", "El problema del poder", "La unidad árabe", "Problemática del socialismo", "Palestina". Cabe señalar que en esta edición han tenido acogida algunos de los escritos que, como "Vocación mediterránea de la cultura egipcia", de Tāhā Husayn y "Especificidad nacional y universalidad", del sudanés Muhi al-Dīn Ṣabir, en la *Anthologie* ocupaban su lugar junto con los de estética y cultura. Por otro lado, ha habido un notable empeño de incorporación de nuevos textos, a la par que la introducción, que en lo esencial sigue siendo la misma, se ha visto enriquecida con desarrollos y tomas de posición nuevos. Estos dos últimos aspectos son particularmente notorios en lo que concierne al problema de Palestina, que prácticamente estaba ausente de la problemática abordada originalmente. En términos generales, pensamos que la empresa ha sido plenamente lograda, aparte de defectos de detalle. Sin embargo, algún crítico podría oponer dos objeciones: la desproporción —o incompleta representatividad— de la selección, en cuanto que los autores francamente tradicionalistas son relativamente escasos; por otro lado, el enfoque, la manera de interpretar, marxista. Conviene advertir, no obstante, que es de agradecer la presencia de una perspectiva, ineludible en toda interpretación seria, que, además, en este caso se ha presentado con una coherencia no frecuente y con un acanonicismo que trasciende los esquemas dogmáticos y le confiere una fuerza creadora igualmente poco común. Compárese por ejemplo, con la ambigüedad ideológica que suele acompañar a las superficiales y supuestamente científicas interpretaciones de ciertos analistas norteamericanos. Respecto al primer reproche, el caso es que en lo que llevamos del siglo, y en especial durante su segunda mitad, los autores se inclinan, con sinceridad o sin ella, hacia una tendencia que en términos generales puede denominarse no tradicionalista y, lo que es más notorio, suele responder a lo que pide la opinión pública. Pero al margen de estas posibles fallas, creemos que lo importante

es poner de manifiesto el sentido que reviste una empresa tan ardua e ingrata como la de seleccionar, presentar y traducir textos de esta índole para un público que prácticamente lo ignora todo o, lo que es peor, lo sabe todo, pero mal. Y esto no sólo respecto de Europa; también vale, en grado menor, para América Latina. Por eso es de lamentar que no existan versiones castellana y portuguesa.

Hay, en el occidente clásico (es decir, fundamentalmente Europa), una vieja tradición de eurocentrismo, responsable principal de esta ignorancia parcial o completa, que el autor no deja de notar en sus páginas iniciales. No habremos de detenernos sino superficialmente en el problema, aun cuando no se nos oculta que bien merece un tratamiento en profundidad. Bástenos con señalar que esta inocencia tiene como objeto a la casi totalidad del pensamiento del mundo actualmente o hasta hace poco sometido a los imperios occidentales. Pero, por otro lado, se dan algunos síntomas en contrario que permiten presumir una apertura; piénsese, por ejemplo, en la difusión que han tenido Mao, Guevara y Fanon, y, en época más lejana, Gandhi. Hay signos inequívocos, por superficiales que sean (cf. los volúmenes consagrados a los tres últimos en la colección "Maestros del Pensamiento" de la editorial Fontana —de la que hay traducción española en Grijalbo—, donde se encuentran, solitarios hasta el momento, junto con Chomsky, Freud, Lenin, Lévi-Strauss, Marcuse, Russell, Wittgenstein y una decena larga de otros). Pero es legítimo observar que —por mucho que se exceptúe a los casos de Gandhi y Fanon— en general la información euronorteamericana sobre el pensamiento de los no europeos está sumida en un politicismo estrecho que, para decirlo con las palabras de Abdel-Malek, no tiene en cuenta "la mentalité, le style de pensée, les motivations, voire les théories et la vision du monde des forces sociales et des mouvements politiques en action dans le monde colonial, en lutte pour sa libération et sa renaissance nationale" (p. 7). Esto es particularmente válido para el pensamiento árabe, donde difícilmente puede encontrarse un nombre cuyos puntos de vista hayan trascendido el ámbito escuálido de los estudiosos. Tal vez haya sucedido con el 'Abd al-Nāṣir de la *Filosofía de la Revolución*, quien, dicho sea de paso, se encuentra antologado dos veces en la obra que comentamos, con textos que no provienen de esta fuente, tal vez por ser de fácil acceso. Pero, lo que es más importante, el público occidental no tiene una idea muy clara de la tendencia que representa el líder egipcio prematuramente fallecido, ni de los orígenes teóricos de donde parte. Otro tanto puede decirse de los líderes del mundo árabe más conocidos, como Ben Bella, Burgiba o el malogrado Ben Barka, o movimientos como Al-Fath, también representados en las páginas de esta com-

tidades parciales, lo que supone hasta el recurrir a la lengua del ocupante para evitar las suspicacias que los grupos cuyo idioma se ve amenazado de postergación.

En este aspecto, las generalizaciones pueden falsear por completo el panorama. Existe un hecho capital, según indica Abdel-Malek (pp. 8-9), y es la unidad cultural del mundo árabe, perceptible más allá de las particularidades, y a la cual sirve de vehículo una lengua que es "la seule langue au monde —avec le grec et le chinois— qui ait maintenu ses structures fondamentales de l'époque tribale au XXe siècle". Mucho tiene que ver esto con un segundo factor que, junto con el anterior, a juicio del estudioso egipcio, determina el rumbo del pensamiento árabe, a saber, el movimiento nacional. Quisiéramos observar, con A. Laroui, que hay "différences essentielles qui séparent les pays possédant une culture classique exprimée dans une langue nationale et les autres; différences qui peuvent devenir imperceptibles en économie, presque négligeables en politique, mais qui gardent toute leur force dans le domaine culturel". De este modo, los análisis omniabarcadores que no toman en cuenta las diferencias, como los de Fanon, no son aplicables al mundo árabe y a los otros pueblos que comparten estas peculiares características, como Irán, Grecia o Sicilia, "pays où le passé écrase de sa splendeur un présent douloureux vécu comme une déchéance" (*L'Idéologie arabe contemporaine*, F. Maspero, Paris, 1970, pp. 4-5). Con la salvedad, agregamos, de que en Sicilia no ha habido un movimiento nacional de proporciones y en Grecia la conciencia nacional mayoritaria, aunque no total, suele inscribirse dentro del Occidente, puesto que ve en la Hélade a la madre de la civilización occidental, cuando no —conforme a las formulaciones más extremadas— de toda civilización, con lo que estamos ante un eco involuntario de una postura tradicional en Europa, cuyos representantes, por otra parte, no quieren saber nada del pueblo griego actual, por decadente, levantinizado o turquizado. Es decir, una situación que no deja de tener paralelismos con América Latina, en cuanto a la manera en que se ven y a la manera que los ven los otros. Esta circunstancia les facilita enormemente el proyecto de renacimiento nacional, porque no tienen que preguntarse a cada paso qué es lo suyo: en principio todo lo que hayan creado sus 'hijos' europeos y norteamericanos, en la medida en que sea compatible con cierta espiritualidad irreversible que se manifiesta preponderantemente, pero desde luego que no siempre, en la ortodoxia específicamente griega. El Irán, en cambio, presenta analogías numerosas con el mundo árabe, con el que comparte una fe que es el país de Ciro y de 'Umar Jayyām asume modalidades casi nacionales, lo que sirve de base para una doble actitud de recuperación, que se dirige no sólo a enfrentar la presión

de Occidente, sino también a tomar posiciones ante el conjunto del Islam, dando vida a una vigorosa personalidad nacional, entre otras razones por contraste con quienes a veces se han creído privilegiados porque la revelación se dio en su lengua, los árabes.

En América Latina, esta diferenciada necesidad de autoafirmación que experimentan los pueblos de África y Asia es mucho menos marcada; excepto contados casos, la colonia y el imperialismo están divididos en el tiempo y han sido ejercicios por manos distintas, de manera que, una vez traspuesta la primera etapa del rencor (véanse, p. ej., puntos de vista interesantes sobre el asunto en R. Bareiro, "Encuentro de culturas", en *América Latina en su literatura*, UNESCO, Siglo XXI, 1972, pp. 21-40), el pasado colonial suele interpretarse como propio y la afirmación se manifiesta contra los agentes del imperialismo y las formas culturales que lleva aparejadas, desde los patrones de consumo hasta la estructura de la diversión. Con todo, la lucha por conservar la identidad nacional es, en nuestra América, pálida en comparación con la que sostienen los pueblos recientemente liberados de África y Asia y está empapada del sentimiento de superioridad que otorga la pertenencia a Occidente, como se evidencia en la actitud generalmente negativa frente a las comunidades indígenas y la escualidez consiguiente del indigenismo.

Por esto es común que los intentos de revalorización nacional frecuentemente se nos antojen pintorescos o anticuados. Tendemos a pensar que es justo tratar de conservar las formas culturales *modernas*, incluyendo el idioma —español o portugués— y de fomentar la literatura y las artes —así, tenemos siempre a mano el llamado *boom* de nuestras letras—, pero nos parece grotesco que los argelinos luchen con denuedo por reconquistar una lengua que no se usa para la comunicación verbal cotidiana. El éxito, claro está, contribuye a veces a menguar esta sensación, como ha sucedido con el pueblo vietnamita, sujeto a una de las más demoledoras maquinarias de desgaste que haya montado el imperialismo, pero no deja de producir la impresión de que se trata de un desperdicio o de un mero expediente transitorio para cohesionar y elevar la moral de las fuerzas populares en armas, algo análogo al patriotismo granruso del georgiano Stalin durante la invasión fascista a la URSS. Es decir, una manera de dar opio para lograr fines casi inalcanzables, al mismo nivel que el fomentar la religión y otras "supersticiones" con el objeto de provocar la chispa que encienda la mística de las masas. Pero casi siempre hay una razón valde-dera y respetable para este resurgimiento del sentimiento nacional en manifestaciones que aparentemente son de poca monta. Es un intento por recuperar algo de valor sistemáticamente pisoteado. Se advierte, además, la presteza con que algunos movimientos nacio-

nales están dispuestos a acoger la tecnología y los sistemas de organización que proceden de occidente. Sin embargo, no puede decirse que en todas las circunstancias esto sucede; no es infrecuente que coexista un deseo de retorno a las fuentes de la nación, a lo más característico de la misma, con el deseo de rejuvenecer, modernizar, al país, y ambos objetivos suelen chocar, suelen ser incompatibles, y ello provoca un malestar característico del intelectual que a la vez aspira a ser patriota.

Acerca del mundo árabe puede decirse con verdad que en la actualidad las posiciones se han esclarecido; hay un consenso sobre el valor de ciertas tradiciones, sobre todo la herencia islámica, pero surgen diferencias de matiz responsables incluso de que lo que para uno sea islámico para otro esté totalmente al margen del Islam. Éste reviste una importancia enorme desde el punto de vista afectivo y es por ello que algunos autores han debido liberalizar al máximo su interpretación para conciliar el progreso con la fe. En general de ahí parte el resquicio de indefinición del nacionalismo árabe en cuanto al contenido de ideas o valores que pretende salvar y recuperar. Tal indefinición parecería explicar la insistencia que manifiestan quienes califican de árabes ciertas posturas o corrientes de ideas más o menos universales, cosa que sorprende a muchos. Lo más notorio a este respecto es, como señalábamos, la denominación de "socialismo árabe". Aprovechándose del auge del movimiento nacional y, por otra parte, del prestigio del socialismo, algunos grupos retrógrados han reivindicado los términos, sin acompañarlos de su contenido. Pero en la mayoría de los casos, creemos que en lo esencial el socialismo árabe se reduce a un objetivo perfectamente legítimo: alcanzar el socialismo dentro de un mundo árabe unificado, punto en que habrá culminado una etapa importante de este vasto movimiento lleno de conflictos, de avances y retrocesos, de sobrevaloración y devaluación nacional, de asaltos y resistencias; que a su vez, por peculiar que sea nunca estará de más repetirlo —representa sólo una de las facetas de la pugna planetaria por la autodeterminación.

RUBÉN CHUAQUI  
*El Colegio de México*